

CAPÍTULO VII

EL AMOR EN LOS TRÓPICOS

Don Luis Tres Villas, padre de don Rafael, aunque español, fué uno de los primeros en comprender la necesidad de otorgar á los criollos mexicanos las concesiones que les había acordado don José Iturrigaray en interés de la misma España. Así pues, había aplaudido las medidas liberales tomadas por el virrey á cuyo servicio se había dedicado; y cuando la ejecución de tales medidas causó su caída, don Luis, pensando con razón que este desastre rompería para siempre los lazos que unían á los criollos con los españoles, envió su dimisión de capitán de la guardia de Iturrigaray y se retiró á su hacienda del Valle.

Se hallaba situada esta hacienda al dorso de las colinas á cuya base se elevaba la de don Mariano Silva. Los dos se habían conocido en México; y la vecindad hubo de estrechar los vínculos de una amistad pasajera.

Tan pronto como estalló la insurrección de Hidalgo, don Luis se apresuró á enviar un mensaje expreso á su hijo para ordenarle que fuese á su lado. Don Rafael había obtenido licencia; y obedecía las órdenes de su padre cuando se encontró con el estudiante, como hemos visto en el primer capítulo. Sin embargo, no creía faltar á la

obediencia filial pasando un día ó dos en la hacienda de las Palmas á donde se dirigía entonces.

Durante dos ó tres meses que don Mariano había pasado en México, en el curso del año anterior, el joven oficial bosquejó con doña Gertrudis (Marianita se había quedado en Oaxaca en casa de uno de sus parientes cercanos) uno de esos sueños de amor á los cuales la conformidad en las edades, la igualdad de fortuna y de posición social, las conveniencias todas, en una palabra, no tardarían en conducir á la prosaica realidad del matrimonio. Una brusca ausencia obligada por las exigencias del servicio militar, durante la cual también don Mariano dejó repentinamente á México, había sido el único impedimento para la realización de aquel desenlace.

Es verdad que don Rafael no había declarado su pasión formalmente á quien era el objeto de ella; pero se había atrevido á esperar que la joven le hubiese comprendido suficientemente y que quizás acogiera su declaración sin enojo. Por lo demás, no se había abierto con don Mariano, pues no creía deber hacerlo sin el consentimiento de doña Gertrudis.

Poco á poco, cuando se halló lejos, el recuerdo de los indicios favorables que había creído notar en ella, se debilitaba á medida que crecía la impresión de su belleza que á su fantasía llegaba adornada con los seductores colores del prisma de la distancia; y tembló de haber sido demasiado presuntuoso. Muy pronto pasó de la duda cruel á la certidumbre más cruel aún: la de no ser amado. Don Rafael quiso olvidar el recuerdo de Gertrudis diciéndose que jamás la había amado. Entonces notó el imperio sin límites que la joven ejercía sobre él, cayendo lejos de ella en una profunda melancolía.

En estas disposiciones de espíritu sorprendió al joven oficial el primer grito de independencia lanzado por Hidalgo. Imbuído en las ideas liberales que le transmitiera su padre, las que llevaba á más alto grado; conociendo además el ardor apasionado con que don Mariano y su hija acogieron la esperanza de emancipación y bien

seguro de la aprobación de los tres, resolvió, en su negra pena, ir atrevidamente á ponerse bajo la bandera de la insurrección y hacerse romper la cabeza en el primer encuentro que se verificase entre las tropas reales y las independientes, libertándose así de una existencia que era para él pesada carga.

Felizmente el mensajero enviado por su padre sorprendió á don Rafael en los momentos en que iba á emplear este torcidísimo medio de llegar á la posesión de la que amaba tan tiernamente. Para decirlo de paso, aquel mensaje simplemente ordenaba al oficial reunirse á su padre para transmitirle cosas demasiado importantes para confiarlas al papel ó trasladárselas por boca de un criado.

Dados los antecedentes de su padre, no dudó don Rafael que si le ordenaba ir á su lado, era para comprometerlo á ofrecer su brazo á la causa de la independencia mexicana.

Este mensaje de tan misteriosa significación colocó al oficial en el camino del sentido común y vió en el viaje que se le obligaba emprender, un medio muy natural de sondar las disposiciones del corazón de doña Gertrudis, haciéndole saber el estado del suyo. Después, renunciando á las ideas caballerescas que le impidieron en México abrirse á don Mariano sin el consentimiento de su hija, resolvió declararle ante todo, su pasión por Gertrudis, deseando mejor, en suma, deber á la obediencia filial la posesión de la mujer sin la cual no podía vivir, que renunciar á esa posesión tan ardientemente ansiada.

Se concibe ahora con qué impaciencia febril don Rafael devoró las cien leguas que separan á México de Oaxaca; y cómo, por temor de llegar un día después, prefirió correr el riesgo de perecer, ganando la misma tarde la hacienda de las Palmas.

¿Hay necesidad de decir que de antemano había calculado todas las jornadas; y que, al enviar á su padre el mensajero que recibiera, le había encargado de decir, al pasar por la hacienda de don Mariano, el día y casi la

hora en que llegaría á pedirle hospitalidad por una noche y un día? Sin saber la importancia que don Rafael daba á esta visita, don Mariano la concedió como una cortesía debida al hijo de su vecino de campo y de su amigo.

En cuanto á los sentimientos de doña Gertrudis, ya nada tenemos que decir. ¿Qué no hubiera dado don Rafael por conocer el secreto gusto con que se le esperaba y el ardor de los votos que elevaran en su favor á causa del terrible peligro á que acababa de escapar?

Hacia poco que la insurrección había penetrado en Oaxaca, cuando él llegó á ese Estado. En el momento en que se mostró tal cual era, Hidalgo envió agentes á todas las provincias para sublevarlas al mismo tiempo que la de Valladolid. Los que llegaron á Oaxaca, eran dos campesinos llamados de López y de Armenta; pero ambos fueron presos por las autoridades españolas, y ejecutados; y sus cabezas se expusieron, para escarmiento de los insurgentes, en el camino real de Oaxaca.

No por eso dejó de estallar el movimiento de insurrección; y á pesar de tales medidas de rigor otro campesino de nombre Antonio Valdés, se puso á la cabeza con todos los hombres que pudo reclutar en los campos. Ya la sangre de los españoles que cayeron en sus manos, había corrido en varias ocasiones: Valdés los sacrificó sin piedad.

No tenemos necesidad por ahora, de escudriñar el pasado de nuestros diversos personajes; y tomamos de nuevo el relato de los acontecimientos á medida que van desarrollándose ante nuestra vista.

Eran las cuatro de la tarde y acababa de concluir la comida cuando llegó aquel mismo día don Cornelio Lantejas á la hacienda de las Palmas.

En su salón del piso bajo, adornado muy simplemente con algunos muebles de manufactura española, y al cual daban acceso dos grandes puertas que se abrían hacia un vasto jardín cultivado de granados y de claveles, se hallaban reunidos casi todos los huéspedes y habitantes de la hacienda.

Sólo el estudiante de Teología y Marianita se hallaban ausentes.

El primero, recordando ahora que se hallaba en completa seguridad, la espantosa noche pasada bajo una corona de tigres y de serpientes de cascabel y los riesgos no menos terribles que había corrido mientras Costal trabajaba por libertarlo, se había dejado atacar por un acceso de fiebre que le retenía en el lecho.

La segunda, Marianita, con el pretexto de dar un vistazo al valle convertido en enorme lago; pero en realidad para ver si aparecía á lo lejos la barca de don Fernando, se impacientaba en la terraza, al espectáculo del inmenso llano inundado y desierto, en el cual solamente volaban gritando las aves de rapiña.

Don Mariano, con la doble tranquilidad de espíritu de los propietarios cuyas riquezas aseguran el porvenir, por lo menos según los sucesos ordinarios de la vida, y del hombre á quien la edad aparta del yugo de las pasiones juveniles, fumaba su cigarro abandonándose á las oscilaciones de una silla mecedora de cuero. A su lado se hallaba una mesa en que, en tazas de Filipinas, humeaba el café que los españoles llaman café de siesta por antífrasis sin duda, pues corrientemente es de calidad tal que pone en fuga al sueño durante veinticuatro horas.

De pie, á la entrada del jardín, don Rafael, tranquilo en apariencia, pero con el corazón conmovido á la idea de la conversación que iba á provocar, ya confiado, ya temeroso, parecía contemplar con la atención de un naturalista, las palomas torcaces que volaban haciendo evoluciones en la cima de los árboles.

Gertrudis con la cabeza inclinada y también tranquilo el rostro, se ocupaba en bordar una de esas grandes bandas de batista blanca que los caballeros mexicanos dejan flotar sobre sus hombros, como las capuchas blancas de los árabes, para amortiguar el ardor de los rayos del sol.

A despecho de la aparente tranquilidad de la actitud del hacendado, una sombría nube pasaba á veces sobre su frente; y el rostro de don Rafael, pálido y cuidadoso

por intervalos, desmentía también de cuando en cuando, el aire distraído que afectaba.

Gertrudis no estaba tampoco más tranquila. Una voz secreta le decía que don Rafael iba á hablar al fin: ya esta voz cantaba á sus oídos un vago prelude de amor, y sin embargo, ocultaba los estremecimientos repentinos de su sangre criolla y los rápidos temblores que subían de su corazón á sus mejillas bajo esa máscara de serenidad femenina que el ojo de un hombre no sabría penetrar.

Un solo personaje presentaba una actitud en armonía con sus pensamientos: era Valerio Trujano, el muletero.

Con el sombrero en la mano y de pie delante del hacendado, venía á pedirle permiso y á darle las gracias por la hospitalidad que había encontrado bajo su techo.

A la libertad de maneras y de lenguaje, típica en las clases inferiores de toda la América Española, se unía en el arriero, un aire de austeridad imponente de que, solamente los ojos, á su voluntad, atemperaban la rígida expresión. A despecho de su posición social (no era republicana entonces la Nueva España), Valerio Trujano no era un huésped vulgar ni para don Mariano ni para su hija. Independientemente de la reputación de probidad sin tacha, de la piedad profunda de que gozaba en todo el país, la generosidad y la sangre fría que había demostrado olvidándose de sí mismo en un momento de peligro terrible, para auxiliar á don Rafael, le habían conquistado la estimación y el reconocimiento de los habitantes de la hacienda.

Aunque el oficial de dragones hubiese pagado su deuda arrancándole á su vez de una muerte cierta cuando las aguas lo arrastraban, nadie aminoraba el mérito del arriero; y doña Gertrudis mezclaba en sus pensamientos amorosos, oraciones para aquel á quien ella consideraba con justicia, como el salvador de don Rafael.

El hombre á quien el sitio de Huajapam debía immortalizar más tarde, tenía entonces cosa de cuarenta años; pero en el momento en que le hallamos, la finura de sus

facciones y su negra y abundante cabellera le daban un aspecto mucho más joven aún.

— Señor don Mariano — dijo Valerio — vengo á rogarle que reciba mis agradecimientos y mi adiós.

— ¡Y qué! ¿Tan pronto nos deja Ud.? — exclamaron á un tiempo el hacendado, Gertrudis y don Rafael.

— El hombre que vive de su trabajo no se pertenece, señor don Mariano; cuando su corazón le lanza á la derecha, las necesidades de la vida le arrojan á la izquierda. El hombre endeudado, se pertenece menos todavía.

— ¿Debe Ud. entonces una suma muy considerable? — dijo vivamente don Rafael avanzando hacia él con la mano tendida. — ¡Diga y cualquiera que sea la suma!...

— Eso sería un mal medio, prestar al uno para pagar al otro — dijo el muletero sonriendo — porque yo no aceptaría sino un préstamo. No es por orgullo sino por deber: no se ofenda Ud. No, no, la suma no es considerable... algunos cientos de pesos; y puesto que Dios quiso que mis mulas encontrasen un asilo contra la inundación en casa de don Mariano, voy á tomar de nuevo por la montaña el camino de Oaxaca donde el dinero que obtendré de la venta de mi recua, me dejará enteramente libre de la deuda; así lo espero.

— ¡Qué! — exclamó don Mariano, ¿Va Ud. á vender su modo de ganar el pan para pagar?

— Sí, por ser mío y para ir adonde mi vocación me llama — respondió sencillamente el muletero. — Ya lo habría hecho si hasta hoy mi vida no hubiese pertenecido á mis acreedores y no á mí. No tenía el derecho de exponerla.

— ¡Exponer su vida! — dijo Gertrudis con dulce acento de interés.

— He visto las cabezas de López y de Armenta en la cima de la cuesta de San Juan del Rey. ¿Quién sabe si la mía no estará pronto con las suyas? Hablo aquí con el corazón abierto, como delante de Dios, porque un huésped no descubre sino á Dios los secretos que se le confían.

— Sin duda — replicó don Mariano con la hospitalaria

sencillez de las edades primitivas. Pero aquí todos somos partidarios de la independencia del país y hacemos votos por los que quieren libertarlo.

— Haríamos mejor ofreciéndoles nuestro brazo para sostenerlos — dijo Tres Villas á su vez — es el deber de todo hombre que puede manejar una espada y montar un caballo de batalla.

— ¡Que todos cuantos levanten su brazo en favor de España — exclamó Gertrudis con los ojos brillantes de fogoso entusiasmo — sean cubiertos de infamia y de vergüenza! ¡Que no encuentren un techo que les acoja ni una mujer que les sonría! ¡Que el desprecio de los que aman sea el premio para los traidores á su patria!

— Si todas las jóvenes bellas como Ud. piensan así, replicó Trujano, nuestro triunfo no se hará esperar. ¿Quién no se sentirá feliz de desenvainar la espada por una sonrisa de su hermosa boca y una mirada de sus lindos ojos?

Y diciendo estas palabras, el arriero miró al capitán de los dragones de la reina para significarle que no tenía el atrevimiento de atravesarse en su camino. Gertrudis por su parte, bajó la cabeza, feliz por el homenaje rendido á su belleza delante del hombre por el cual le importaba ser bella.

Trujano continuó:

— ¡Dios y Libertad! ¡He aquí mi divisa! Si hubiese estado libre para abrazar antes la causa de mi patria, lo hubiera hecho, aunque no fuese sino para evitar los excesos que principian á manchar su santidad. Ud. lo sabe, señor don Mariano.

— Sí — replicó el hacendado á quien tales excesos causaban tan profundo disgusto, que no contribuían poco á amontonar las nubes que ya hemos hecho notar sobre su frente.

— Ya ha corrido la sangre de españoles inocentes — continuó el muletero — y el único sostén hasta aquí en la provincia, de la santa causa de la emancipación de la Nueva España, ese miserable de Antonio Valdés...

— ¡Antonio Valdés! — exclamó don Rafael interrumpiendo á Trujano. ¡Qué! ¿El vaquero de don Luis Tres Villas, mi padre?

— El mismo — contestó don Mariano con zozobra. — ¡Plegue á Dios que recuerde que su amo, siempre estuvo lleno de humanidad para él!

— ¿Cree Ud. entonces que mi padre, cuyas ideas liberales no son un misterio para nadie, pueda correr algún peligro? — exclamó el oficial alarmado.

— No, sin duda.

— ¿Cuántos combatientes tiene este hombre, este Valdés, bajo sus órdenes, don Valerio? — preguntó don Rafael.

— Se decía que unos cincuenta; pero sus tropas deben habérselo engrosado con muchas gentes de los campos que sufren más que las otras la opresión española.

— Señor don Mariano — dijo el oficial con voz conmovida — era preciso nada menos que una noticia semejante para hacerme abreviar los momentos en que era tan feliz estando en esta casa.

Con ese heroísmo del corazón de la mujer, doña Gertrudis sofocó un grito de angustia próximo á exhalarse de sus labios á la noticia de aquella precipitada partida; y con sus grandes párpados abatidos, escondió la nube de desaliento que empañó de repente su mirada.

— Cuando un padre está amenazado — continuó don Rafael — aunque no corra más que el riesgo de serlo, ¡el lugar de un hijo está cerca de él! ¿No es así, doña Gertrudis?

— ¡Sí! — respondió la joven con voz baja pero firme.

Hubo un instante de silencio durante el cual un negro presentimiento se apoderó de los cuatro personajes reunidos en el salón. La guerra civil principiaba ya á hacer sentir su huracán homicida.

Trujano rompió el silencio. Sus ojos brillaron con una llama de inspirado, como en otros tiempos los de los profetas á quienes visitaba el Espíritu de Dios.

— Esta mañana — dijo — un humilde servidor del Altísimo, un padre obscuro de un pobre lugarejo, nos ha dejado para ir á ofrecer á los insurgentes los socorros de sus oraciones; ahora, otro instrumento no menos humilde, pide permiso para ir á ofrecer su brazo y su sangre. Ruegue por ellos, bella y santa madona, continuó dirigiéndose á Gertrudis conmovida ante esta exaltación religiosa y poética que formaba el fondo de su carácter — y quizás el Señor se dignará aún demostrar que es del seno del polvo de donde se complace en hacer surgir el brazo que depone á los poderosos de sus tronos.

Y diciendo estas palabras, Valerio Trujano estrechó respetuosamente las manos que se le tendían y salió del salón acompañado de don Mariano Silva.

Tal vez éste tenía sus razones para dejar solos durante algunos instantes á su hija y á don Rafael cuya partida se verificaría pronto.

La voz de los muleteros que acababan de aparejar las bestias de carga para la marcha del arriero, llegó apenas á los oídos de doña Gertrudis y de don Rafael, tan emocionados el uno como la otra de la repentina soledad en que se hallaban por primera vez desde la llegada del oficial á la hacienda de Las Palmas.

El sol doraba las copas de los granados llenos con los arrullos de las palomas torcaces; y la brisa tibia que acariciaba los árboles del jardín, llevaba hasta el salón los perfumes de mil diversas flores. El momento era decisivo, solemne. Feliz y temblorosa al mismo tiempo ante las palabras de amor que presentía, Gertrudis, como las palomas que para dormir esconden su cabeza bajo las alas en las copas de los árboles, recogió sobre su rostro los pliegues de su rebozo de seda.

Un dulce estremecimiento, esta vez más fuerte que su voluntad, hacía temblar sus manos sobre el bordado que hacía, el cual colocó sobre una mesa que estaba á su lado para que don Rafael no notase la turbación de que era la causa.

Era el último esfuerzo, la tentativa última de resis-

tencia del púdico orgullo de la virgen antes de confesarse vencido.

— ¡Gertrudis! — exclamó don Rafael imponiendo silencio á las palpitaciones de su corazón; ¡he hablado á su padre! ¡Oh! se lo suplico; ¡que este último instante que voy á pasar cerca de Ud., se consagre todo él á las explicaciones sin reticencias, sin ambages!

— Se lo prometo; ¿pero qué misterioso secreto ha dicho Ud. á mi padre? — respondió la joven con dulce acento de chanza.

— Le he dicho que traje aquí un corazón lleno por Ud.; que la orden de mi padre que me llama, fué para mí como un mensaje que me convidó á la dicha porque me aproximaba á Ud.; he dicho que he devorado con febril impaciencia la distancia sin fin que acabo de recorrer y que por verla una hora antes, he oído sin conmoverme los aullidos de los jaguares á mis lados y los rugidos de las aguas delante de mí.

Don Rafael se detuvo; y Gertrudis le escuchaba aún como una melodía que hubiera querido oír siempre.

— Y cuando Ud. dijo á mi padre que Ud... me amaba — continuó ella después de un momento de silencio — ¿no se manifestó asombrado por esta inesperada revelación?

— No — dijo el oficial.

— Es que yo ya se lo había dicho — replicó la joven con una sonrisa no menos dulce que su voz. ¿Y qué ha respondido mi padre?

— « Mi querido don Rafael — me ha dicho — yo vería « con gusto que mi familia se uniera á la suya; tendría « dos hijos y Ud. sería el más querido. Pero... esto no « podría ser sin el consentimiento de Gertrudis, sin el « beneplácito de su corazón y he visto que ese corazón « no se abre para Ud. »; Tal es la sentencia terrible que he oído de su boca! ¿La confirmará la de Ud., Gertrudis?

La voz de don Rafael temblaba; y ese temblor del hombre enérgico que no sabe temblar ante la muerte,

era demasiado delicioso al corazón de Gertrudis para que ella se apresurase á ponerle término.

A la respuesta dada por su padre á don Rafael, la púrpura de sus labios se hizo más viva, pues los apretaba para no sonreír; pero bien pronto tomó un aire de gravedad que asustó más aún al oficial.

— Don Rafael — dijo Gertrudis — Ud. ha hecho un llamamiento á mi franqueza y si le hablo con el corazón en la mano, como hablaría á mi madre, ¿jura Ud. no hacer un crimen de una sinceridad que corre el riesgo de parecerle sin remedio?

— ¡Lo juro, Gertrudis! Hable sin rodeos aunque su franqueza haga pedazos este corazón tan lleno de Ud. — respondió Tres Villas fijando sus miradas ardientes sobre la joven.

— Pero con una condición; y es que mientras hablo, Ud. fijará los ojos sobre las copas de esos árboles que están allá lejos; de otro modo, Ud. correría el riesgo de no oír cosas que... en fin, una confesión... tal como Ud. la quiere..

— Trataré de hacerlo, replicó don Rafael levantando los ojos hacia las cimas de los árboles como para estudiar las costumbres domésticas de las palomas torcaces que seguían volando por encima.

Gertrudis comenzó con voz tímida y temblorosa á su vez:

— Un día, dijo — hace mucho tiempo de eso — una joven hizo un voto á la Virgen para salvar de un peligro inminente á un hombre de que se creía amada. ¿Era querido ese hombre, en concepto de Ud.?

— Eso, según la naturaleza del voto, respondió el oficial.

— Va Ud. á verlo. Esa joven prometió á la Virgen que si el hombre que la amaba, escapaba del espantoso peligro, se haría cortar por él, sobre su cabeza... ¡oh! si Ud. me mira así, no podré continuar... ella se haría cortar por él, sobre la cabeza, la larga cabellera que tanto gustaba á su apasionado. ¿Era muy querido ese hombre, don Rafael?

— ¡Oh! ¿Quién no sería feliz de serlo así? exclamó don Rafael con ardor y lanzando á Gertrudis una mirada que penetró hasta el fondo de su alma.

— No he concluido — dijo ella temblando. — Mire hacia arriba ó no oirá Ud. el final de mi historia y eso tal vez... no le agradaría. Cuando la joven, que no vaciló en sacrificar por ese hombre su cabellera objeto de su constante cuidado, aquellas largas trenzas que rodeaban su cabeza como una diadema de reina y que,... tal vez eran lo único que la embellecía á sus ojos; cuando esa pobre muchacha los corte... los haya cortado quiero decir ¿cree Ud. que su amante... mireme ahora don Rafael, se lo permito,... cree Ud. que la amaré siempre?

Don Rafael se volvió impetuosamente, no porque entretuviese aún la verdad, sino porque el acento de melancolía y de dicha de Gertrudis le había hondamente conmovido.

Una lágrima de ternura, una lágrima de envidia por la suerté de ese desconocido tan tiernamente amado, brillaba en sus ojos, cuando respondió :

— ¡Oh Gertrudis! No es con amor con que se pagaría semejante sacrificio; y por bella que fuese esa joven, es ahora más bella que un arcángel á los ojos de su adorador.

Gertrudis apoyó la mano sobre su corazón para contener la ola de felicidad que lo invadía.

— ¡Bien! dijo ella con voz desfalleciente; tengo necesidad de que... por la última vez eleve Ud. los ojos al cielo: vamos á dar gracias.

Mientras don Rafael obedecía, Gertrudis dejó caer el velo sobre los hombros; sus dedos desprendieron de la peineta la corona que formaban sus dos largas trenzas, orgullo de su belleza; y tomando las tijeras de la mesa y ocultando con una mano el rubor encendido de sus mejillas mientras con la otra levantaba el instrumento fatal que debía realizar el sacrificio :

— ¡Rafael! — dijo con voz que resonó en el oído de su amante como la voz de un ángel, ¡cumpla Ud. mi voto, cortando estas dos trenzas de mi cabeza!

— ¡Yo! — exclamó aturdido á la vista de aquella encantadora mano que le tendía las tijeras para cortar aquel pelo que se retorcia en el piso en negros anillos. ¡Yo!

— Los he prometido á la Virgen santísima por su salvación ayer tarde — replicó la joven siempre inclinada. ¿Comprende Ud. ahora Rafael, mi adorado Rafael?

— ¡Oh Gertrudis! Ud. debía, por piedad, haberme preparado más dulcemente para tanta dicha! — exclamó don Rafael con una emoción casi dolorosa, más elocuente que todas las protestas de amor que hubiera podido hacer. ¡No importa! ¡Soy muy feliz! — agregó para tranquilizar á la joven asustada.

Y luego, arrodillándose ante ella, tomó una mano que no se le esquivó y que con todo gusto hizo la mitad del camino para juntarse temblando á su boca.

— ¿Es culpa mía — continuó Gertrudis dejando á don Rafael enrojecer el raso de su mano bajo la presión de sus labios — si los hombres no saben nunca comprender á medias palabras? Después de un largo cuarto de hora, me siento avergonzada por no haberme hecho adivinar y no haber encontrado cómo prepararlo para eso que Ud. llama su dicha...

Luego, dejando aquel tono festivo : — He hecho un voto, Rafael y le toca á Ud. realizarlo.

— ¿Por qué este voto? exclamó el oficial.

— No tenía nada más precioso á mis ojos que ofrecer á cambio de su vida — replicó Gertrudis con adorable sencillez; la mía tal vez! ¡No he tenido valor para ello! Tenga estas tijeras, Rafael.

— Pero jamás acabaré con este débil instrumento — replicó Tres Villas para ganar tiempo.

— ¡Vamos Rafael! ¿Debe Ud. quejarse de que el trabajo dure mucho tiempo? — dijo Gertrudis inclinándose hacia el oficial, aún de rodillas ante ella, su encantadora cabeza que rozó la suya. ¡Tome las tijeras, le digo!

Don Rafael las tomó con mano temblorosa, como el leñador que, ya con el hacha levantada para herir, se

compadece por la suerte del rey de la selva que debe derribar. Gertrudis quiso sonreír para infundirle valor; pero en el momento de ver rodar bajo el filudo acero aquella opulenta cabellera tan amorosamente alisada cada mañana y cuyos haces esparcidos podían cubrirla como un velo, la pobre niña no pudo evitar que una lágrima acompañara á su pálida sonrisa.

— ¡Un instante aún! dijo coloreándose sus mejillas de un rojo más encendido que el de la granada. — Mi Rafael, yo había soñado muchas veces, como una felicidad suprema, enlazar con estas pobres trenzas, al hombre que yo amara algún día; y...

Y antes de que ella concluyese, don Rafael besó ardientemente aquellas trenzas perfumadas que acababan de ceñir el cuello de Gertrudis.

— Ya estoy lista — dijo ella.

Pero don Rafael no se daba prisa por desatar los dulces lazos que le envolvían con sus pliegues; y cuando con dulce violencia Gertrudis hubo puesto en libertad á su cautivo:

— ¡Jamás tendré este espantoso valor! exclamó él arrojando con fuerza las tijeras que se hicieron astillas contra las losas.

— ¡Es preciso Rafael; es preciso! ¡Dios me castigará! ¡Quizás me castigará arrebatándome su amor!

— ¡Más tarde cumpliremos este voto fatal! Yo no suplico sino retardar su cumplimiento. ¡A mi regreso, Gertrudis, por favor!

Las instancias apasionadas de don Rafael obtuvieron una prórroga cuyo término se fijó para el día de su regreso, que debía verificarse tres días después, tan pronto como se hallase tranquilo acerca de la suerte de su padre.

De repente Gertrudis se levantó precipitadamente como un cervatillo que abandona su guarida perfumada de helechos, á los primeros sonidos del cuerno de caza.

— ¡Oigo ruido! — exclamó. — ¡Es mi padre! — En un abrir y cerrar de ojos la joven reparó el desorden de

su peinado; pero cuando su padre entró seguido de su hermanita, no se había aún borrado de sus mejillas ni escondido de sus ojos, la llama de felicidad radiante que los incendiaba.

— ¡Ah! exclamó aturdidamente Marianita — mi pobre hermana tiene todavía sus hermosos cabellos arrollados á su cabeza!

— ¡Cómo! dijo el hacendado sorprendido y asustado á la vez. ¿Ha pensado Gertrudis en cortarse la cabellera?

— ¡No es nada, padre mío! replicó Gertrudis arrojándose en los brazos de don Mariano; esta loca de Marianita... Luego añadió entre dos besos: que hace alusión á lo que Ud. adivinó tan bien... ¿Sabe Ud., padre mío?

— Pero, niña mía, yo he adivinado muchas cosas en mi vida — replicó don Mariano que no adivinaba aquello; pues me precio de cierta perspicacia.

— ¡Pues bien! lo que dice Marianita — continuó Gertrudis — sé refiere... á la perspicacia con que Ud... había adivinado que yo no amaba á don Rafael...

Y diciendo estas palabras, Gertrudis ocultó su rostro en el seno de su padre, no sin haber lanzado una mirada de inefable ternura á don Rafael que creía soñar despierto y temía á cada instante que una palabra, una nada llegase á disipar aquel sueño encantador.

— Es decir entonces — dijo don Mariano con alegría — que Gertrudis...

El hacendado no concluyó: un estremecimiento de la hija que estrechaba en sus brazos y un grito de Marianita le interrumpieron; y resonó en sus oídos al mismo tiempo que un ruido de fusilería, allá en la cima de las colinas que estaban detrás de la hacienda.

Todos escucharon asustados; don Rafael más aún que las dos mujeres porque la demasiada felicidad enerva el corazón de un hombre. El más profundo silencio reinó después de aquella súbita detonación que llevó al alma de los asistentes, el mismo terror que hubiese producido el graznido de un milano entre las palomas que ya con la cabeza bajo el ala, dormían en las copas de los árboles.